



Homenaje

al doctor Ernesto Lemoine Villicaña

Patricia Galcana

Es para mí un gran honor iniciar este homenaje al doctor Ernesto Lemoine Villicaña que, a iniciativa de sus más allegados alumnos, le rinden hoy el Archivo General de la Nación, la Unión de Universidades de América Latina, la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra máxima Casa de Estudios y la Escuela Nacional Preparatoria.

El doctor Ernesto Lemoine, el historiador por excelencia de la Revolución de Independencia, fue primero un destacado alumno de la Escuela Nacional Preparatoria y de esta Facultad, para convertirse después en uno de los maestros más queridos, tanto de la Preparatoria Nacional como del Colegio de Historia de nuestra Facultad.

Inició su fecundo trabajo historiográfico en el Archivo General de la Nación. Su vida entera fue un ejemplo de esfuerzo, trabajo y autodisciplina. Paradigma de integridad moral, Ernesto Lemoine se caracterizó por su profundo patriotismo y compromiso con las causas sociales.

Fue un maestro en toda la extensión de la palabra, ya que pertenecía a la noble estirpe de docentes que hacen de la enseñanza un apostolado. Entregó toda su vida al quehacer académico. Fue maestro lo mismo de los jóvenes preparatorianos que de los aspirantes a historiadores en la licenciatura y en el posgrado de esta Facultad.

Nunca se limitó a la cátedra en las aulas, sino que se preocupó por establecer una relación humana con sus discípulos. Les entregó su amistad y les dio su apoyo y consejo. Igual que lo hiciera su gran amigo y colega Martín Quirarte, abrió su biblioteca de más de veinte mil títulos a su causa, para compartirla con quienes coincidían con él en su amor a la Historia y a México.

Como historiador nos dejó un ejemplo de honestidad intelectual, de trabajo consistente, fundamentado en una sólida investigación. Nadie como él se preocupó por inculcar en sus alumnos la necesidad de hacer investigación en fuentes documentales. Para él no podía concebirse un historiador que no hubiera trabajado en los archivos.

Investigador acucioso, historiador erudito, Ernesto Lemoine contribuyó con su trabajo al fortalecimiento del Archivo General de la Nación. No solamente fue director de Investigaciones Históricas de la institución de 1960 a 1965 sino que, además de ejercer sus labores académico-administrativas, se dio tiempo para adentrarse en la maravillosa aventura de descubrirnos la riqueza de sus acervos mediante estudios introductorios a sus documentos, arrojando importantes luces sobre nuestro pasado.

Escribió para el *Boletín del Archivo General de la Nación* muchas páginas que constituyen importantes aportes a nuestra historiografía, ya que nos descubren pasajes desconocidos de nuestra historia patria.

Asimismo, redactó más de una veintena de textos para el *Boletín del Archivo General de la Nación*, del centenar que componen su obra. Éstos incluyen versiones paleográficas, notas introductorias, apéndices, ensayos y estudios histórico-geográficos, fundamentalmente sobre cuestiones de la Colonia y las primeras décadas del siglo XIX. Destaca su preocupación tanto por los conceptos de los revolucionarios como por la situación social de los más desprotegidos. Igual hace un estudio comparativo entre las tesis y acciones de la Junta de Zitácuaro, que de las ideas plasmadas en la Constitución de Apatzingán.

En todas sus obras destaca siempre el pueblo, como el gran protagonista de la Historia. Así, por ejemplo, en un análisis de la

Constitución de Apatzingán señala cómo los diversos habitantes de cada pequeña población "tipos indígenas de tez bronceada, mirada impassible y aire de inocencia, luego de franquear garitas (...) "trasladaban" a lomo de mula, bien ocultos dentro de los costales de maíz, los huacales de loza o cajas de fruta" la primera Constitución Política de México, defendiendo las ideas de la Revolución a costa de su vida.

Lo mismo trabajó las ideas y la obra de José María Morelos, Carlos María de Bustamante, Hermenegildo Galeana, Mariano Matamoros, Nicolás Bravo y Vicente Guerrero, que se interesó por otros momentos culminantes de la historia de nuestro país, como fueron la invasión y guerra con Estados Unidos o la intervención francesa y el triunfo de la República. Sorprende su capacidad memorística y el profundo conocimiento que tenía para cada una de las acciones de guerra, explicando siempre la acción popular en todas ellas, así como las características geográficas del terreno que conocía por sus estudios sobre la materia desde que fue auxiliar de investigación en el Instituto de Geografía de la UNAM.

Conté con el privilegio de su amistad. Le recuerdo junto al maestro Quirarte como el amigo fraternal de gran calidad humana, preocupado por ayudar a todo aquél que solicitaba su auxilio. Lo recuerdo con su inalterable vocación magisterial, incapaz de faltar o llegar tarde a una clase o a un seminario. Lo recuerdo dirigiendo con cariño paternal las tesis de sus alumnos. Lo recuerdo, en fin, defendiendo con pasión los ideales de los revolucionarios que nos dieron patria, su admiración y su cariño por Morelos o su defensa de Vicente Guerrero en la consumación de la Independencia, desmintiendo el abrazo de Acatempan. Lo recuerdo, finalmente, escribiendo su última investigación, en sus entradas y salidas del hospital por su deteriorada salud, sobre la "Historia de la Diplomacia Insurgente" que me entregó para la *Historia Diplomática de México*, y que publicará próximamente el Instituto Matías Romero de la Cancillería Mexicana.

Ernesto Lemoine Villicaña ocupa ya un lugar destacado entre los clásicos de la historiografía nacional, fundamentalmente en lo que toca a su obra relativa al movimiento insurgente en nuestro país, especialmente su magna obra sobre José María Morelos y Pavón. Sus trabajos son una lectura obligada para quien quiera profundizar en el conocimiento de la revolución social de Independencia.

Su obra es de una gran solidez y se distingue de las otras por su arduo trabajo de investigación documental. Convencido de la necesidad de la

investigación en archivos para la consistencia de toda obra histórica, se preocupaba por sembrar en sus discípulos esta vocación. Para él, la mejor tesis de licenciatura era aquélla que contribuía a descubrir alguno de los miles de folios que aún están en espera del investigador en los treinta kilómetros de documentos que guarda el Archivo General de la Nación.

Ernesto Lemoine contagiaba, a todos los que tuvimos la suerte de estar cerca de él, su pasión patriótica y su compromiso social. Siempre lo tendremos como ejemplo de hombre cabal, de maestro ejemplar, de sólido historiador, de patriota de convicciones sociales. Ernesto Lemoine fue, en síntesis, un gran mexicano. Para él nuestro más sentido homenaje y profundo reconocimiento.